

ANNA HERNÁNDEZ

JOANA BONET
LA VANGUARDIA - 22/10/2006

Anna Hernández, a diferencia de su marido, sí tiene el nivel C de catalán. Se lo sacó cuando aún no era obligatorio, siendo funcionaria del Ayuntamiento de Sant Boi. No le da demasiada importancia, dice que conoce a mucha gente que lo tiene y no lo habla. Nacida en Barcelona, de padre murciano y madre de El Perelló, está licenciada en Derecho y tiene una larga trayectoria en la gestión pública del Baix Llobregat. Fue campeona de Catalunya en hockey hierba cuando jugaba en el Egara. Reconoce que era muy competitiva, que es mentira eso de que lo importante es participar. En su currículum no hay fechas, admite que es coqueta. Pasados los cuarenta, casada con José Montilla y con dos hijos de su anterior matrimonio, tuvo un parto de trillizos. Anna, Héctor y Víctor: seis años. Dice que en su vida todo ha transcurrido con normalidad. Pregunté acerca de ella al alcalde de Cornellà, Antoni Balmón, uno de sus mejores amigos. Después de una larga lista de halagos, le arranqué un defecto, "a veces, con tanta velocidad, produce neguit". "¿Manías? Lo apunta todo, no sé qué hace luego con eso". Y una última opinión: "La relación con Montilla, su vida familiar, la ha perjudicado. Podría haber tenido más carrera política, llegar más lejos"

"Es un líder atípico, en él puedes confiar, y no es verdad que sea soso"

Por tercera vez consecutiva el taxi recorre la calle de Sant Just donde viven Anna Hernández, José Montilla y su familia numerosa. Cuando por fin la encontramos, el conductor me dice: "Pensaba que esto era un descampado". La verja, sin atisbo de ladrillos, desconcierta por su hermoso aire decadente, pero es una falsa alarma. Dentro se esconden ocho adosados y un jardín cuidado, presidido por una cortaderia selloana, una plumilla tan blanca que dan ganas de pedir un deseo y soplar. Anna Hernández, vestida de rosas pálidos y con unos zapatos *mules* que se pierden entre el césped, sale a recibirnos. Son las once de la mañana y la casa huele a verdura hervida. En este hogar ya tienen listo el almuerzo. Horario europeo. En el salón, ni rastro de juguetes triplicados, "su

cuarto está abajo". Tampoco hay grandes lujos. A lo más estirar, un piano, que Anna aprendió a tocar en el conservatorio de la calle Bruc, y obra gráfica de Hernández Pijoan y Guinovart en el pequeño salón comedor, donde también reposan las fotos de la boda, ella vestida de blanco, bastante seria, él mirándola con una sonrisa aniñada. Las acelgas cocidas se mezclan con el aroma del buen día. Nos sentamos en el porche. Al cabo de una hora y media de conversación, bajo el sol de mediodía, Anna Hernández mueve una pesada manivela como si lo hubiera hecho toda su vida y echa el toldo.

"Mi padre era periodista deportivo, Ángel Hernández Roca. Trabajaba en el *Noticiero* y en *TeleXprés*, y no tenía carnet de conducir, igual que Pepe. Llegó a Catalunya a los seis años. Mi madre venía de El Perelló; la abuela se quedó viuda joven, y se vino a Barcelona con sus dos hijas, a las que puso internas en las monjas. Fui la pequeña de tres hermanas, me tuvo con 42 años. De niñas íbamos casi todos los veranos al pueblo, somos de Cal Groc. Íbamos en carro al *tros* a recoger avellanas y algarrobas. Hasta que nos cansamos. Me resulta difícil responder qué tipo de hija fui, porque soy muy crítica conmigo misma. Era una persona normal y bastante responsable. Mala estudiante y no demasiado rebelde, aunque, evidentemente, siempre quieres romper esquemas, pero no fui problemática para mis padres. Además ellos eran liberales, no eran unos carcas. Progresistas y muy abiertos. Mi hermana mayor, que murió y ahora tendría unos sesenta y pico años, tuvo que irse a Madrid para estudiar Periodismo. Y mis padres lo consintieron. Siempre contaba que en su clase eran poquísimas las mujeres.

Soy muy de Barcelona, y nunca me hubiese podido imaginar que me iría al Baix Llobregat.

Cuando gané la oposición, a la primera, nos fuimos a vivir al Walden con mi anterior pareja, compramos unos módulos del edificio de Ricard Bofill, fuimos de los primeros. Aunque nos cabreábamos, y estábamos más pendientes de que el parquet se levantaba y las baldosas se caían que de aquella propuesta poco convencional de modo de vida, éramos felices.

UN HOMBRE APASIONADO

Después de pasar por las monjas franciscanas y el Peñalver, Anna Hernández acabó la facultad embarazada. No es que tuviese una especial vocación por el Derecho y en seguida se dio cuenta que más que redactar informes jurídicos le gustaba la gestión. Empezó liquidando plusvalías en el Ayuntamiento de Barcelona y hoy es primera teniente de alcalde de Sant Just. Siempre ha querido moverse, dice que le aterra la imagen del escribiente en un mostrador, que, cuando vuelves, al cabo de quince años, sigue ahí sentado, en la misma postura. Entró en el partido antes que José Montilla. Le llama Pepe.

- Me han dicho que su historia es de tango. Que empezaron a trabajar juntos, que los dos tenían pareja, hijos, y...

- Sí. Era el año 1988 y yo en aquel momento estaba trabajando en la Corporació Metropolitana de Barcelona. Ya lo conocía, del ámbito político. Incluso nuestras familias, los hijos respectivos, se conocían. Él era conseller metropolitano cuando aquella ley de Convergència generó la disolución de la Corporación Metropolitana y se crearon los consejos comarcales. Viví muy intensamente aquella época. En el Baix Llobregat había mayoría socialista y le propusieron a él como presidente. Tuvo que organizar una administración desde cero. Entonces me viene a ver y me propone ser la gerente. Necesitaba una persona de confianza política y con experiencia en la Administración. Y dije que sí. Así nos conocimos, el encanto fue ver a partir de ahí que trabajábamos muy bien en equipo, que nos complementábamos... En lo personal también se produjo esta química.

- ¿Un amor fou?

- No fue premeditado, fue un proceso muy natural, cuando nos dimos cuenta ni nos lo creíamos. Pero también debo decir que fue él quien dio el paso. Dicen que es soso e introvertido, pero no es verdad. Conmigo fue tenaz y persuasivo. Me cautivó siempre su sonrisa, parece que sonría con los ojos, ¿verdad? Es una sonrisa muy sincera, transparente. En la distancia corta él gana muchísimo. Es una persona cálida, muy humana, capaz de generar una conversación agradable. Amor *fou* no sé, pero si me preguntas si es un hombre apasionado, la respuesta es sí.

- Y la sedujo con flores...

- Sí, también es detallista, pero muy reservado. Se acuerda de las fechas, te trae ramos de flores, te regala alguna joya... No sé si queda mal decirlo, pero me gustan las joyas. No creo que apreciar la imagen exterior sea incompatible con ser una persona socialmente comprometida. Sí, éste melo regaló él, después te enseñó uno que te gustará.

- Luego él le insistió para tener un hijo y nacieron tres.

- Sí, fue él, yo era más reacia, me enredó y luego me dejó en la estacada (risas). El primer año estaba aquí. Había mucha necesidad de mano humana en casa, porque entre biberones, cambiar niños... Dormíamos a trompicones. Eso nos unió mucho, sabíamos que sería así. Aunque como mujer podría estar cabreada, porque, claro, todo eso de la conciliación aquí no existe demasiado.

- ¿"Aquí" significa en su casa o en España?

- En España y en mi casa... (risas).

- ¿Nunca ha dejado de trabajar, siendo madre de cinco hijos?

- Nunca. Trabajé cuando tuve los mayores y con éstos también he seguido haciéndolo. A mí me hicieron la cesárea un viernes y no podía salir hasta la semana, pero había un pleno en el Ayuntamiento. En Vall d'Hebron no querían. Yo fui y de noche regresé.

- ¿Él pidió la baja por paternidad?

- No, no la pidió, ni yo hice los cuatro meses de baja, sólo los primeros quince días. En seguida me fui a trabajar, de forma progresiva, porque pensaba que era bueno para mí. Creo que hay que tener niños, es bueno ser padre y ser madre, pero esto no excluye tener una vida profesional, propia. Siempre digo que me ha gustado vivir mi vida, no la vida de otro. Hubiese podido decir: mi marido tiene una vida muy rica, políticamente yo comparto el proyecto, no trabajo y estoy en su vida. Esto no me interesó. Preferí tener mi propia vida, aquello por lo que yo había trabajado. Además, si uno está todo el día con los niños acaba muy

nervioso y mal. Creo que los disfrutas mucho más estando menos tiempo con ellos, tengo mucha más paciencia que si hubiese estado todo el día.

- Dicen sus amigos que la relación con Montilla la ha perjudicado, que hubiera podido hacer más carrera sola.

- Creo que sí, si no hubiera estado con él, mi carrera política hubiese sido otra cosa. Lo hablamos cuando nos fuimos a vivir juntos. Yo había tenido opción de irme como diputada a Madrid. Sí, me perjudica más que me beneficia, aunque yo pueda demostrar que tengo una trayectoria anterior que me avala, ¿no? Pero yo sabes que estas cosas, ni en política ni en la vida, digamos, mediática, se ven. Siempre eres la "mujer de", ¿me entiendes?

ESO DE LA CATALANIDAD

- José Montilla ha sufrido una dura oposición, con acusaciones de tráfico de influencias con respecto a La Caixa, parcialidad en la opa de Endesa, etcétera... ¿Cómo han dormido?

- Pepe está muy tranquilo consigo mismo. La gente nunca ha puesto en duda su honorabilidad, porque es una persona que ha demostrado a lo largo de su trayectoria una honradez constante. Todo esto o no le afecta o le afecta relativamente. De alguna forma a todos nos afecta, pero él no se deja. Ante las dificultades se crece, más que se repliega. Le da esa fuerza la tranquilidad que tiene respecto de sí mismo. Es un hombre tranquilo, nada influenciado, a quien le gusta escuchar, muy generoso en todo. Poco materialista y totalmente desinteresado.

- Pero siempre hay un momento de debilidad, de decirte: "Esto es durísimo".

- Esta frase no se la he oído nunca. No le he visto abatido jamás. Le he visto muchas veces cansado, y cabreado también. Pero nunca se queja, es un corredor de fondo, incombustible. Se retroalimenta de un día para otro aunque sólo duerma cuatro o cinco horas. Bueno, ambos dormimos poco.

- ¿España es una nación de naciones, como ha dicho su marido?

- No nos tenemos que complicar tanto la vida. La gente normal y corriente no está por la labor de estar pensando todo el tiempo en lo que somos. Desea resolver sus problemas, tener una garantía para ellos, para su empleo, para sus hijos y para su futuro.

Todo lo demás son cosas que les vienen sobrevenidas. Hay un determinado sector de gente que participa de esas opiniones políticas, pero no son mayoría. Y el político que viva en este otro mundo no tiene los pies en el suelo.

- ¿Es catalanista?

- ¿Qué es ser catalanista? Yo soy catalana, catalanista, pero con una visión amplia. Me gusta mucho viajar y soy muy cosmopolita, pero me siento catalana y me gusta vivir en Catalunya, no me gustaría irme a vivir a otro sitio. Pero no soy una catalana cerrada ni mucho menos.

- Los críticos de Montilla se han centrado en el juicio a su catalanidad. ¿Qué opina?

- Se utiliza la demagogia y todo lo que sea necesario para intentar atraerse el voto. Eso dentro de un marco es legítimo. Pero repito: dentro de un marco. ¿Quién es quién para juzgar sobre la catalanidad? ¿Qué es eso de la catalanidad? Yo creo que son dos cosas distintas: una cosa son los símbolos, la filosofía, y otra tener los pies en el suelo, los problemas cotidianos, sociales.

- ¿Se considera feminista?

- Siempre trabajaré y lucharé para conseguir que las mujeres se sientan bien consigo mismas, identificadas con lo que quieran hacer, y que además puedan tener los instrumentos para desarrollar lo que quieran y como quieran. ¿Por qué le interesa trabajar? Para ser independiente, para tener recursos económicos y para desarrollarse libremente. Porque sólo se es libre cuando se puede ser independiente, puedes decidir y tienes unos recursos. Nos hemos complicado la vida porque hacemos lo uno y lo otro. Necesitamos pensar si nos hace falta leche y si tenemos que asistir a aquella reunión. Pero, a pesar de todo, como teníamos claro que eso era importante y lo necesitábamos, no nos supo mal el sacrificio

que tenemos que hacer, porque nunca dejaremos de ser responsables también de la parte doméstica. Claro, los hombres cada vez se tienen que integrar más en esa realidad.

- ¿En qué discrepan ustedes?

- Son discrepancias poco significativas. Lo que sí que nos gusta es polemizar, por ejemplo sobre los temas que tienen relación con la vida familiar y la vida profesional. Cuando aún no teníamos a los tres niños, nuestra relación era idílica, porque yo sólo tenía que trabajar, pero le podía acompañar a cualquier sitio, estábamos mucho tiempo juntos. Eso después no ha sido posible. Se fue a Madrid y entonces tuvimos como una relación de noviazgo; el fin de semana tenía al novio aquí... (Risas). Él desconecta con las pequeñas cosas cotidianas, mientras le pongo al día de si al niño se le ha caído un diente o al otro le han arañado jugando al fútbol. Entonces pasamos a hablar de temas que no tienen nada que ver con la política, y es cuando realmente estamos a gusto.

- Si a su marido le apartasen del camino, ¿devolvería el carnet?

- Yo estoy en el partido por convencimiento propio, de entrada no tengo ninguna intención de devolver el carnet ni por eso ni por nada. No me molesta tener carnet.

- ¿Vieron Confidencial Cat en el sofá?

- He decidido no perder 55 minutos de mi vida viendo eso. Tengo alguno en casa, con el celofán, pero no lo abriré. Prefiero pasar mis horas de ocio jugando con los niños. Creo que es un mal estilo de hacer política. Por supuesto se puede discrepar, pero todo tiene un límite.

- ¿Y cuál es el límite?

- Es todo aquello que es destructivo, que tan sólo aporta destrucción. Ni nada es tan bueno ni nada es tan malo.

- ¿Usted cree que ganará?

- Sí. (Risas). Me enfado, si no... No le van los cargos. Es un líder atípico. No es la versión del político embaucador, pero en cambio es muy buen negociador. Además, es un hombre de palabra, un hombre en el que puedes confiar.

Antes de irme, Encarna ya ha salido a buscar a los trillizos al colegio Alemán, le recuerdo a Anna Hernández que prometió enseñarme el anillo que él le regaló. Sube, rápida, al piso de arriba, y baja con una sonrisa. Es un *pavé* de diamantes en oro blanco, soberbio. Montilla, hombre de pocas palabras.

EL CUESTIONARIO

El día más feliz de su vida Muchos, cualquier día que pueda compartir con mi marido y mis hijos.

Su prenda fetiche Ninguna

Sus diseñadores preferidos Cualquiera que haga algo que me guste, sea cómodo y pueda pagarlo, cosa difícil

Un color El blanco

Una flor La orquídea

La canción con la que más se emociona *La cabalgata de las valquirias*, de Wagner

El político de la historia al que más detesta: cualquier dictador.

Y su favorito: José Montilla.

Su estado de humor más habitual Alegre.

Cómo le gustaría morir En paz conmigo misma.

Personaje histórico (político, artista, intelectual) en el que le gustaría reencarnarse si pudiera Zubin Mehta

Escritores favoritos Paul Auster, Martí i Pol, Pere Calders, Rosa Montero y Susan Sontag.

Su mayor extravagancia No me gustan los extremos.

¿Disculpa la mentira? Casi nunca.

La expresión que más utiliza *Endavant!*

Tres elementos que conformen su idea de felicidad absoluta

Un proyecto social para compartir, la familia y un mundo en paz.

Algo que le inspire temor Las injusticias.

Algo de lo que se arrepienta De no haber terminado mis estudios de piano.

Dígame una cualidad que le encantaría poseer Saberme poner siempre en el lugar de los demás.

Y la que más aprecia en otra persona La lealtad.

Su mayor logro Los trillizos.

Su posesión más preciada Mi tiempo